

La primera y la segunda venida del Señor (Ap 1:5-8)

(Ap 1:5-8) *“Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.”*

Introducción

Estamos en la segunda parte de los saludos que Juan estaba enviando a las siete iglesias de Asia. Hasta ahora hemos visto que les había enviado *“gracia y paz”* de parte de las tres Personas de la Trinidad. A continuación va a mostrarles también algunos de los beneficios que el Señor Jesucristo consiguió en su primera venida para aquellos que creen en él, y después declarará solemnemente que va a volver muy pronto una segunda vez para sentarse en su trono de gloria y gobernar este mundo.

Tres beneficios para los creyentes

(Ap 1:5-6) *“Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”*

Todavía dentro de la salutación encontramos tres cosas que nuestro Señor Jesucristo ha hecho a favor de los creyentes y que sin duda han cambiado nuestras vidas y también nuestra esperanza en cuanto al futuro.

- *“Nos amó”.*
- *“Nos lavo de nuestros pecados con su sangre”.*
- *“Nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”.*

Pensemos ahora sobre lo que quiere decir cada una de estas tres afirmaciones en el contexto en el que nos encontramos.

“Al que nos amó”

Es maravilloso saber que es este mismo Jesús, quien es el soberano de todos los reyes de la tierra, el que nos amó y nos ama de una forma constante e invariable.

En todas las circunstancias los santos son más que vencedores mediante Jesús quien nos ama.

(Ro 8:37-39) *“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”*

Sin duda, todo esto animaría a los primeros lectores de Juan que estaban sufriendo por causa de su fe, y también a cada uno de los que en la actualidad padecen persecución por causa de su fidelidad al evangelio. Y no sólo eso, sino que también es importante

saber que vamos a ser guardados en el amor del Señor frente a las grandes pruebas por las que este mundo va a pasar de cara a su Segunda Venida a este mundo.

“Nos lavó de nuestros pecados con su sangre”

El amor de Jesús por nosotros se expresó en su muerte a nuestro favor.

A veces, cuando sufrimos, no sentimos que el Dios soberano nos ame, y entonces se hace necesario volver a mirar a la cruz para tener plena certeza del amor de Jesús por nosotros. Allí vemos que Dios mismo ha compartido nuestro dolor porque nos ama.

Y en cuanto a la expresión, *“nos lavó con su sangre”*, es evidente que no debemos interpretarla literalmente. Algunos lo han hecho para intentar ridiculizar el hecho de que somos limpiados por la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Les resulta incomprensible que la sangre pueda ser usada para limpiar algo. Pero aquí la Palabra está haciendo referencia a los sacrificios del Antiguo Testamento en los que la sangre de una víctima inocente servía para perdonar y limpiar al pecador. El término empleado allí era *“expiar”*, y tenía que ver con *“cubrir los pecados”*. Pero este concepto no se usa en el Nuevo Testamento, puesto que el sacrificio de Cristo, el Cordero de Dios, consigue algo mucho más profundo y definitivo que los sacrificios de aquellos animales que eran sacrificados en el antiguo orden, ya que su sangre *“quita y limpia”* todos nuestros pecados (**Jn 1:29**) (**1 Jn 1:7**).

“Nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”

Literalmente en el texto griego dice: *“Y nos hizo un reino, sacerdotes para Dios, su Padre”*.

Esto quiere decir que los santos, aquellos que han sido lavados por la sangre de Jesucristo, forman un reino cuyo Rey es Cristo. Es importante recordar esto, porque anteriormente éramos parte del reino de Satanás, pero Dios nos ha rescatado:

(Col 1:13) *“El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo.”*

Ahora somos un reino de súbditos con acceso sacerdotal directo ante Dios. Y esto también es importante, porque en el Antiguo Testamento los sacerdotes de la familia de Aarón eran los únicos que tenían acceso directo a Dios, pero ahora notamos que a quienes se les llama sacerdotes es a los cristianos comunes y no a alguna jerarquía privilegiada.

Este había sido el propósito de Dios al elegir a su pueblo Israel: *“Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”* (**Ex 19:6**), pero su proyecto no había podido seguir adelante por causa de la rebeldía del pueblo. Fue entonces cuando Dios formó su Iglesia, de la que el apóstol Pedro dice lo siguiente en su primera epístola universal:

(1 P 2:9-10) *“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.”*

Frente a los terribles juicios que vendrán sobre este mundo cuando el Señor regrese, no hemos de olvidar que los creyentes formamos parte de su reino, y su venida implicará que reinaremos juntamente con él. Nosotros no seremos juzgados juntamente con el mundo.

(Ap 5:9-10) *“Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.”*

Ahora bien, en el momento presente no debemos olvidar cuál era la misión con la que Dios concibió el sacerdocio. La función sacerdotal, en esencia, consistía en hacer mediación entre Dios y los hombres. Un sacerdote es aquel que habla a Dios en nombre de los hombres y a los hombres en el nombre de Dios.

Este es un gran privilegio, pero también una gran responsabilidad. Tenemos el deber de dar a conocer cómo es Dios a nuestros semejantes. Como acabamos de leer, debemos *“anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable”*. Es necesario que el mundo sepa cómo es Dios y lo que él ha hecho por la humanidad para que puedan ser salvos de la ira venidera. Y por otro lado, también debemos presentar ante Dios en oración a nuestros amigos, conocidos, familiares y hermanos.

Una reflexión en cuanto a esto. A veces tenemos conceptos muy pequeños de la vida: hacer la comida, poner ladrillos, llevar la contabilidad... la vida puede parecer muy pequeña. Pero en realidad, cualquier creyente es un príncipe que puede actuar como sacerdote de Dios para comunicar a otros las grandes verdades acerca de él. Este es un inmenso privilegio que no merecemos y que da a nuestras vidas una nueva dimensión. Pero también es una gran responsabilidad que debemos cumplir con fidelidad, puesto que un día también tendremos que dar cuenta ante Dios por cómo hemos ejercido nuestro sacerdocio.

Un cántico de alabanza a Dios

(Ap 1:6) *“A él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.”*

La obra de Cristo a favor de los creyentes hizo que Juan prorrumiera en una inspirada alabanza hacia él. Y esta no es la única. En Apocalipsis hay muchas expresiones breves como ésta con las que Juan da expresión al gozo que siente al contemplar la bondad y la grandeza del Señor.

Una vez más es curioso notar que esta alabanza no se dirige a Dios Padre, sino a Jesús, el que murió por nosotros y nos hizo reyes y sacerdotes para su Padre. Por supuesto, esto sería una blasfemia si el Señor Jesucristo no fuera Dios.

Una promesa

(Ap 1:7) *“He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén”*

La expresión *“he aquí”* normalmente indica en la Biblia que algo grande o extraordinario va a suceder. Y lo que aquí se nos anuncia es que la gloria y el poder del Señor, que actualmente están ocultos, un día resplandecerán de tal manera que el mundo entero los podrá ver.

Será un suceso de alcance universal, de tal manera que *“todo ojo lo verá”*. Es importante subrayar esto, porque hay muchos que enseñan que Cristo no vendrá en forma visible. Por ejemplo, Charles Taze Russell, fundador de los “Testigos de Jehová”, afirmaba que Cristo no vendría de forma visible, y que de hecho ya ha venido y está reinando en este

mundo de una forma invisible desde el año 1914. ¡Cuidado! La Biblia habla con suficiente claridad y nos ayuda a identificar a los falsos profetas.

En efecto, este Jesús, de quien Juan está escribiendo, “viene”, y como más adelante veremos, el mismo apóstol expresa su vehemente anhelo para que su regreso sea pronto:

(Ap 22:20) *“El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.”*

Ahora bien, ¿por qué es necesario que él vuelva? Pues porque todavía no ha cumplido lo que los profetas del Antiguo Testamento habían anunciado durante siglos acerca de él; que era necesario que él viniera a juzgar y reinar sobre las naciones. En su primera venida fue rechazado, vituperado, ultrajado y ejecutado como un delincuente común. Pero esa no puede ser la forma en la que termine la historia de la venida del Hijo de Dios a este mundo. Así que él va a regresar para revelar su gloria a este mundo que le ha rechazado.

Nuestro texto dice que “viene con las nubes”, lo que nos presenta una escena de divina majestuosidad cuando el Señor regrese triunfante a la tierra con poder y gran gloria (**Mt 24:30**). ¡Qué día más glorioso será cuando Cristo venga! Los creyentes se gozarán intensamente.

Ahora Juan divide en dos grupos a los que verán al Señor Jesucristo en su venida a la tierra: “los que le traspasaron y todos los linajes de la tierra”.

“Los que le traspasaron”

Parece ser una clara referencia a la perforación del costado de Jesús cuando estaba crucificado (**Jn 19:34**). Es una forma de identificar al Señor Jesucristo, aquel que fue crucificado en humillación, con la majestuosa persona que vendrá con poder y gloria.

Pero esta expresión también nos recuerda la profecía de Zacarías (**Zac 12:10**), donde se describe la manifestación del Señor frente a sus enemigos, quienes quedarán desconcertados ante el inesperado y total cambio de papeles. A lo largo de varios pasajes de Zacarías podemos ver que Dios había dado a su pueblo un buen pastor, a quien ellos en su desobediencia y locura despreciaron. Curiosamente Zacarías profetiza que el precio que darían por él sería de “treinta piezas de plata”, que como ya sabemos, fue la misma cantidad de dinero por la que Judas vendió al Señor (**Zac 11:12-13**) (**Mt 27:9-10**). Después de esto el pueblo se buscó otros pastores malvados y egoístas. Pero el profeta anuncia que llegaría un día cuando por la gracia de Dios se arrepentirían con dolor, y ese día se acordarían del buen pastor al que habían traspasado, y lamentarían apesadumbrados su pérdida y lo que le habían hecho. Después de ese arrepentimiento futuro de la nación de Israel, el profeta anuncia que el mismo Señor intervendría para restaurar a Israel y elevarle a un lugar de honor entre las naciones (**Ro 11:25-27**).

“Y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él”

Pero no sólo Israel verá la venida en gloria del Mesías al que habían rechazado, sino que “todos los linajes de la tierra harán lamentación por él”. Aunque en su caso, este lamento no será probablemente de arrepentimiento, sino por el desagrado que les producirá el regreso en gloria de aquel a quien habían rechazado y del que pensaban que se habían librado para siempre. En su caso, lógicamente, la lamentación que harán será por la desesperación que les producirá ser juzgados por él.

Después de esto Juan concluye con un “Sí, amén”. En su exclamación se combinan las formas griegas y hebreas para hacer un asentimiento vigoroso.

A algunos les parece mal esta entusiasta exclamación de Juan, teniendo en cuenta que en ese momento los enemigos de Cristo sufrirán y harán lamentación. Pero lo cierto es que expresiones similares aparecen por todo el libro de Apocalipsis. Por supuesto, no se trata de muestras de un espíritu vengativo. Pero también es cierto que Juan no se muestra como un espectador neutral. El desea ardientemente que la causa de Dios prospere, y el derrocamiento de los inicuos significa el triunfo futuro del bien y la vindicación de los cristianos que tanto han sufrido.

Y así termina este párrafo que concluye con una afirmación contundente de la realidad de la Segunda Venida de Cristo como un acontecimiento literal, visible, universal, judicial y glorioso.

Una palabra final del Señor

(Ap 1:8) “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.”

Ahora parece que Dios Padre interviene nuevamente para dar testimonio de esta profecía, poniendo su sello de garantía sobre todo lo dicho. Es como si Dios mismo tomara la pluma en este momento para firmar todo lo escrito.

Y notemos lo que dice. Para empezar nos encontramos con uno de esos divinos “Yo soy”: “Yo soy el Alfa y la Omega”. Como sabemos, alfa y omega son la primera y última letra del alfabeto griego. Y con ello es como si Dios estuviera diciendo: “yo tuve la primera palabra en este mundo cuando lo cree y tendré también la última cuando reúna todas las cosas en Cristo en la dispensación del cumplimiento de los tiempos (**Ef 1:10**)”. Ninguna situación puede tomar a Dios por sorpresa.

El libro de Apocalipsis expresa constantemente el hecho de que Dios es soberano y cumple sus propósitos. Él es el legítimo Rey de este mundo y un día muy pronto va a regresar para sentarse en su trono y gobernar a todas las naciones.

Sobre este hecho hay una historia que nos puede servir para ilustrar lo que estamos queriendo decir: Una de las páginas más conmovedoras de la historia inglesa narra las conquistas y cruzadas de Ricardo I, Corazón de León. Mientras Ricardo estaba fuera del país derrotando a Saladino, su reino pasó por tiempos muy malos. Su astuto y falto de gracia hermano Juan, usurpó todas las prerrogativas del rey y gobernó mal en su reino. El pueblo de Inglaterra sufría mientras oraba pidiendo que el rey regresara pronto para poner orden. Por fin Ricardo I regresó, y alrededor de tan deslumbrante llegada se cuentan muchas historias, algunas de ellas entretendidas entre las leyendas de Inglaterra (una de ellas es la de Robin Hood). Inmediatamente los castillos de su hermano Juan cayeron como naipes. El Gran Ricardo reclamó su trono, y ninguno se atrevió a interponerse en su camino. El pueblo gritó de alegría. Repicaron una y otra vez las campanas. ¡El Rey había regresado! ¡Larga vida al Rey!

Dios va a volver a intervenir en nuestro mundo con la finalidad de establecer su reino, y cuando él venga, nadie podrá impedirlo. Y para que nadie tenga ninguna duda, termina identificándose como “el Todopoderoso”. El tiene todo el poder, de modo que no hay nadie que le pueda resistir. Tiene el dominio sobre todas las cosas. En su mano todas las cosas están absolutamente seguras.